

> UN ESCRITO QUE RECUERDA LA SENCILLEZ, TALENTO Y CARISMA DE UN GRAN POETA NACIDO EN ESTA TIERRA

La memorable visita del poeta José Watanabe

ESTE 25 DE ABRIL, EL VATE LAREDINO CUMPLE UN AÑO DE FALLECIDO. SU RECUERDO PERSISTE EN NOSOTROS.

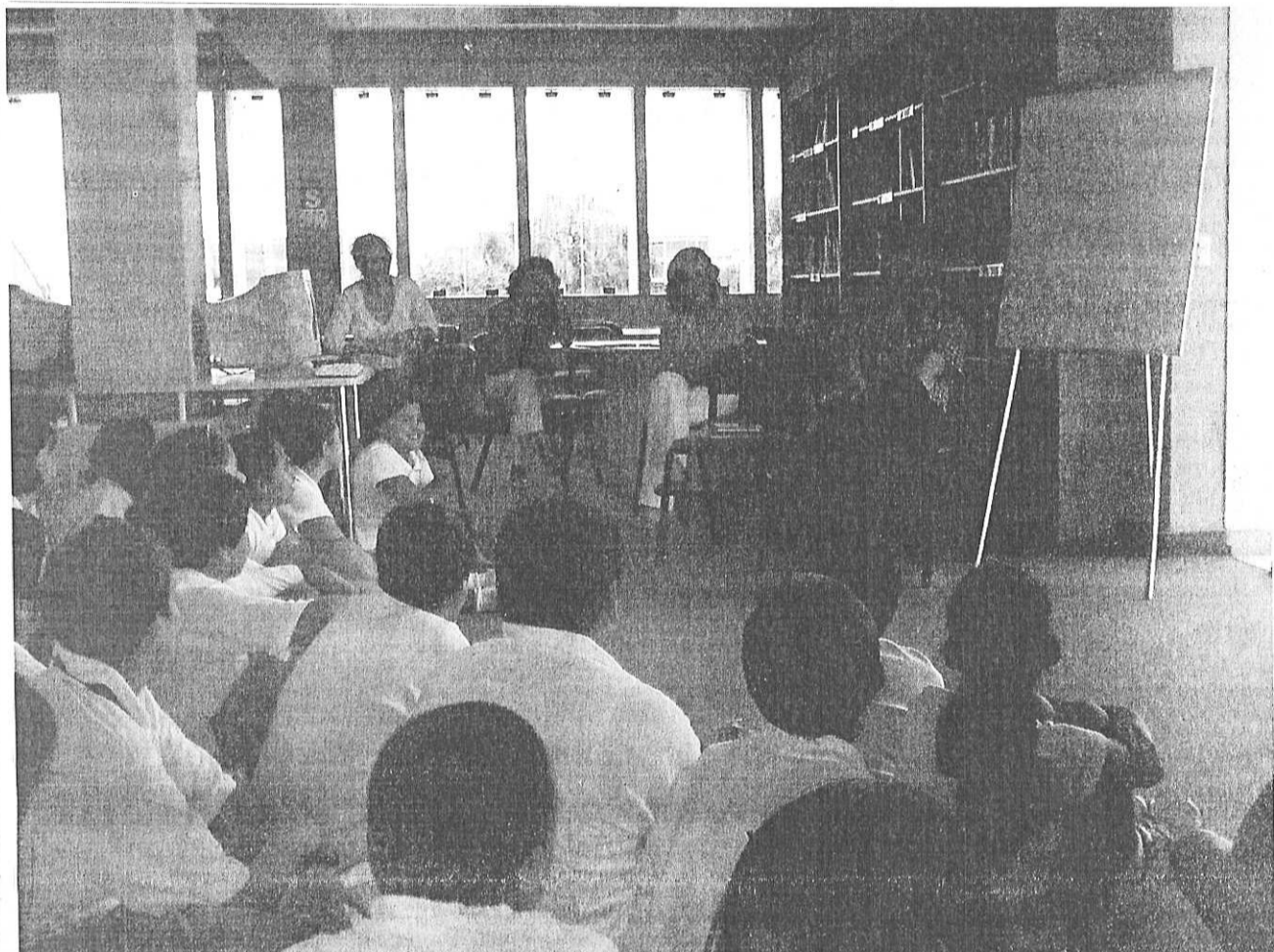
Milagros Alegría Galarreta
mialegria@fleming.edu.pe

Antes de narrar cómo llegó José Watanabe al centro educativo donde trabajo para hablar con mis alumnos de la creación poética, contaré cómo lo conocí. Fue en el mes de agosto del 2000, cuando vino a presentar su antología poética "El guardián del hielo". Ese fue mi primer contacto con su persona y su poesía. No podría decir cuál me agradó más.

De inicio me llamó la atención en él su sencillez y dulzura. Esa noche, los organizadores -supongo yo- habían invitado a un grupo de sanjuanistas compañeros de estudios de su niñez y juventud. Se abrazó con ellos como un niño, bromeó y se dedicó a cada amigo de manera muy afectuosa. Cuando tocó el momento de leer los poemas, escogió sus preferidos, y empezó. Me fue fácil recrear en la mente lo que los versos, con un excelente uso del idioma, describían: era como ver imágenes. Además, había un mensaje de vida en cada poema, un mensaje que cada uno de los presentes "rumiaba" de acuerdo a su propia experiencia.

Muy entusiasmada, nos acercamos mi mamá y yo para que nos firmara nuestros libros. Yo me sentí ante la presencia de un grande y pensé que de ningún modo perdería el momento de intercambiar unas palabras con el poeta; aunque luego comprobé que muchos habían tenido la misma idea que yo pues seguro también habían sido cautivados por su persona y su excelente trabajo. Cuando al fin llegó nuestro turno, nos dio un tiempo especial a cada una. Con mi mamá habló de Laredo, porque ella vivió allí en su niñez; conmigo tuvo palabras amables que me hicieron sentir especial. Al cabo del corto diálogo que sostuvimos, me autografió: "Para Milagros Alegría, que con su sonrisa hace honor a su apellido. Sigue siempre así. Un beso, José." Y además, como a todos a quienes se lo pedían, me dejó su correo electrónico para mantenernos en contacto. Esa fue mi primera impresión y es por ello que años más tarde, cuando lo volví a ver, me atreví a invitarlo a hablar de poesía con mis alumnos.

Era agosto del 2006, cuando leí en el diario que el ICPNA había organizado un conversatorio cuyo invitado era José Watanabe. Habían pasado varios años desde que lo conocí, y su fama cada vez era mayor. Personalmente no descuidaba el trabajar con mis alumnos de 6to grado algunos de sus poemas más impresionantes, como El lenguaje o El guardián del hielo. Enterada de su presencia en la ciudad, ni corta ni perezosa asistí a la invitación. Recuerdo que esa noche él contó que cuando escribía le gustaba hacerlo alrededor de las 3 de la madrugada porque, para crear, cada uno debe buscar su momento más productivo. Yo, interesada en la enseñanza de la poesía, le pregunté que cómo puede hacer un maestro que, encerrado con sus alumnos entre 4 paredes, debe animarlos a escribir cuando el horario y la planificación de las sesiones didácticas lo dispongan. Watanabe me dijo que, efectivamente, no era muy propicio el ambiente escolar; pero que se podía dar cierta libertad a los estudiantes y dejarlos acomodarse en lugares abiertos y en posiciones cómodas que les den sensación de libertad. Eso ayudaría. Su consejo dio buenos resultados, y hasta ahora, en algunas oportunidades permito a mis alumnos disfrutar de esos momentos libres de creación.



POSTAL DE RECUADRO. La charla se desarrolló en medio de la expectativa estudiantil. Los estudiantes quedaron prendados con sus anécdotas. FOTOS: DIFUSIÓN.



EN EL RECUERDO. El poeta laredino dejó un vacío difícil de llenar. El mundo lo recuerda.

Después del conversatorio, me acerqué a él y me atreví a pedirle que fuera al día siguiente al colegio Fleming a conversar con mis alumnos de 6to grado. Estaba preparada para escuchar algo sobre su agenda recargada o el poco tiempo que tenía, pero volteó y conversó con una señora bonita, muy atenta a todo lo que él hacía. Luego supe que era su esposa, Micaela Chiriff, y me dijo "¿A qué hora puedo ir?". Muy felices lo esperamos al día siguiente. Los chicos sabían

que recibían a una personalidad y estaban ansiosos por conocerlo. Antes de encontrarse con los niños, el poeta subió a los salones de sexto y leyó los comentarios sobre "¿Por qué escriben los poetas?" que los niños habían escrito en clases anteriores en grandes papeles. Serio con sus ocurrencias. Era notorio que disfrutaba cada momento de la visita. En la biblioteca lo recibimos. Los jovencitos sentados a sus pies, en media luna, escucharon atentos lo que decía,

y le hacían preguntas sobre su trabajo poético, hasta preguntas más íntimas como: ¿Conquistaste a tu esposa con tus poemas? La pareja cruzó una divertida mirada cómplice. Podía sentirse claramente una fuerte unión entre ambos. Pasó más de una

“ Fue una gran pena, casi un año después, enterarnos de que ese hombre pausado, sonriente y respetuoso había dejado de existir. Watanabe falleció el 25 de abril 2007.

“ El guardián del hielo. Ese fue mi primer contacto con su persona y su poesía. No podría decir cuál me agradó más. Estaba al frente de una verdadera obra.

hora de conversación fluida, hasta que, casi al terminar, uno de los niños le preguntó si actualmente estaba trabajando en algún poema. Él confesó que estaba escribiendo uno llamado El algarrobo y que surgió al ver un árbol retorcido bajo el sol inclemente. Los chicos, tan frescos, entonaron el consabido estribillo: "¡Que lo lea, que lo lea!". Otra mirada y sonrisa con Micaela; y sacando un papel (sí no me equivoco, aún lo

tenía en puño y letra) lo leyó, advirtiendo que ese trabajo podía ser perfeccionado, y que mis alumnos iban a tener la primicia de escucharlo antes que nadie. Gran silencio, todos escuchaban (hace poco me enteré de que ese poema es parte de una de sus últimas obras Banderas detrás de la niebla). Desafortunadamente, el tiempo que nos había obsequiado terminó y tuvimos que dejarlo partir. Ese día nos despedimos con un abrazo de amigos. Desde ahí los niños recordaron esa visita de manera especial, y hablábamos de "cuando vino Watanabe...".

Fue una gran pena, casi un año después, enterarnos de que ese hombre pausado, sonriente y respetuoso había dejado de existir. José Watanabe falleció el 25 de abril del 2007. Sin embargo su presencia vive en la herencia de su poesía y en el recuerdo que dejó a quienes lo gramos conocerlo, como estos alumnos que hoy están en segundo de media. Ellos fueron privilegiados.

Gracias José Watanabe por acercarte de manera tan cálida a ese grupo de jóvenes que nunca te olvidará. Su vacío difícilmente podrá llenarse, pues su prosa es realmente única.